

de estudio; y de ella han de salir á pelear con los pecadores rebeldes para conquistarlos y rendirlos á Dios; y á ella han de volver á curar sus heridas y reparar sus fuerzas; y en ella los han de hallar los que tocados de Dios vienen á buscar remedio para sus almas; y de ella han de salir á buscar los que andan perdidos y olvidados de Dios y de sí mismos; y á ella los han de traer para sacarlos del ruido del mundo y darles algun sabor de la quietud; y en ella han de estar tan de espacio y con tan buen gusto para todos, que cada uno piense que á ninguno quiere más que á él. De esta manera no siendo de ninguno será de todos; y deseando estar solo para unirse con Dios, se los llevará todos á Dios en pos de sí.

Esto se ha dicho en este lugar del amor de la soledad y silencio, por ser éstas las primeras virtudes en que se han de ejercitar los que empiezan desde la primera jornada del camino espiritual. Y no hay que maravillarse que hayamos cargado tanto la mano en esta parte; porque, como dijo casi á este propósito nuestro padre Claudio de santa memoria, siendo como es tan dificultoso tomar el medio entre la accion y la contemplacion, son menos y con menor daño los que declinan al extremo del demasiado recogimiento, y muchos más los que dan en el extremo de distraccion, y mayores los daños é inconvenientes que resultan de él: y por eso los primeros deben ser amonestados tan suavemente, y corregidos con tanta moderacion, que no se dé ocasion á los muchos que con tanto daño y peligro se dejan llevar del extremo contrario. Y con esto damos fin á la primera jornada de la via purgativa, para dar principio en el libro siguiente á la segunda, que llamamos via iluminativa.



LIBRO SEGUNDO.

DE LA VIA ILUMINATIVA.

PRÓLOGO.

HABIENDO tratado en el primer libro de la primera jornada del camino espiritual, que es propia de los incipientes, y llamamos via purgativa, y declarado los pasos principales de ella, y las virtudes más propias de aquel estado; resta que prosiguiendo nuestro camino tratemos en este segundo libro de la segunda jornada, que pertenece á los proficientes, y llamamos via iluminativa, donde declararemos los pasos de esta jornada, las dificultades y tentaciones que particularmente se ofrecen en ella, y las virtudes que son propias de este estado, con la luz que se dignare de comunicarnos aquel Señor que dijo de sí: Yo soy luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, mas tendrá luz de vida.

¹ Joann. VIII, 12.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE LAS DIFICULTADES DE LA VIA ILUMINATIVA Y PRIMERO
DE LAS TENTACIONES QUE EN ELLA SE OFRECEN.

LA segunda jornada de la vida espiritual y del camino de la perfección, que pertenece á los proficientes, y llamamos comunmente via iluminativa, dijimos arriba ser muy semejante al camino que hicieron los hijos de Israel por el desierto, despues que quedaron sus enemigos ahogados en el mar Bermejo. En el cual camino pasaron muchas y graves dificultades, unas que nacieron del mismo camino, por ser tan largo y de tantos rodeos, peligros, y malos pasos; otras de los enemigos, que les hacian resistencia y contradicción. Así vemos que á los que están en este estado, demás del tedio y molestia y dificultades que suele traer consigo el ejercicio de las virtudes, no les faltan guerras y tentaciones de los enemigos invisibles, que ya con fuerza, ya con maña procuran distraerlos ó embarazarlos en este camino. Lo uno y lo otro significó nuestro santo Padre cuando dijo ¹: *Sean instruidos de guardarse de las ilusiones del demonio, y defenderse de todas las tentaciones.* Veis aquí la guerra de los enemigos: *Y sepan los medios que darse pudieren para vencerlas, y para insistir en las verdaderas virtudes y sólidas.* Veis aquí el camino largo y dificultoso

¹ Const. p. III, c. 1, § 10.

de las virtudes. *Ahora sea con muchas visitaciones espirituales, ahora con menos.* Veis aquí el tedio, el cansancio, las molestias, los desconsuelos y sequedades, que suele traer consigo un camino tan largo: *Procurando andar siempre adelante en la via del divino servicio.* Veis aquí el conato y fervor con que el proficiente ha de insistir animosamente en su camino, no dejándose vencer de cualesquiera dificultades que se ofrezcan; porque no vengan sobre nosotros espiritualmente los castigos y azotes que corporalmente vinieron sobre los hijos de Israel, á los cuales les sucedia todo en figura de lo que pasa por nosotros en la verdad. Y particularmente no tentemos á Cristo nuestro Señor, como dice el Apóstol ¹, desconfiando de su poder y del cumplimiento de sus promesas, como alguno de aquellos israelitas, cuando vencidos del trabajo y del tedio del camino hablaban contra Dios y contra su siervo Moisés, y decian ²: «¿Para qué nos sacabas de Egipto para matarnos en esta soledad? fáltanos el pan, no tenemos agua, y ya nos da en rostro y tenemos fastidio de este maná, manjar tan delicado, que de ninguna manera satisface á nuestro apetito.» Porque estos que así se desanimaron y desconfiaron, perecieron de mordeduras de serpientes: castigo que experimentan los que pierden la confianza, y desanimados desisten del camino empezado, y no estriban seguramente en las promesas de Dios; los cuales padecen mayores tentaciones, y sienten más vivas las pasiones, que como víboras y serpientes venenosas los muerden, y los derriban y matan. Porque muy bien dijo aquel santo que dijo ³: «El comienzo de toda mala tentacion es no ser

¹ 1 Cor. X, 9, 10. — ² Num. XXI, 5. — ³ Contemptus mund. lib. 1, c. 13.

constante en el bien comenzado, y no confiar en Dios.

Pues luego á dos cabezas se reducen las dificultades de este camino, conviene á saber, al trabajo que trae consigo el mismo ejercicio de las virtudes, y á la pelea de las tentaciones. Y para decir algo de cada una de estas dos cosas, se debe presuponer que es propio de este tiempo medio y estado de los proficientes ser ejercitados y probados con varias peleas y tentaciones. Porque el demonio tanto más fuertemente se arma contra uno, cuanto siente en él mayor resistencia, y tanto mayor guerra le hace, cuanto ve que se va aprovechando con más fervor. Y para mejor salir con su intento, hace liga y alianza con el mundo para combatirle con sus leyes, y con la carne para afligirle y derribarle con sus pasiones. Y las pasiones es cierto que suelen estar más vivas y furiosas, cuanto más se les niega lo que desean; porque la privacion es causa de apetito, y el apetito, no teniendo en que cebarse, y de que mantenerse, como fiera hambrienta se embravece más, hasta que con el tiempo y el ejercicio viene finalmente á desfallecer y á sujetarse.

Estas suelen ser las causas porque los que se van mortificando sienten muchas veces mayores tentaciones. Y por el contrario, el no sentir las suele proceder de tibieza y de dejarse llevar de sus gustos y antojos. Porque en los tales las pasiones, como bestias hartas y bien mantenidas, se duermen; y el demonio por ser hombres flacos y cobardes se desdeña de pelear con ellos. Y á este propósito cuenta Casiano en la colacion segunda del abad Moisés ¹, una historia de un monje viejo en los años, pero de poca experiencia y de menos fervor; al

¹ Cass. coll. 2, c. 13.

cual como uno de los más mozos le diese cuenta sencillamente de una grave tentacion que padecía en la carne, esperando hallar en él consuelo y remedio, el viejo le respondió ásperamente, diciendo, que quien era tentado de vicio tan feo, no merecía el nombre de religioso; y le dijo otras razones tales, que el mancebo lleno de tristeza y de desesperacion, trataba de dejar los hábitos y el monasterio, y volverse al siglo, donde pudiese soltar la rienda de sus deseos. Lo cual como viniese á noticia del abad Apolo, persona de conocida santidad y de mucha experiencia y discrecion, consolando y quietando al mancebo se fué á la celda del viejo, y con lágrimas suplicó á nuestro Señor, que la tentacion que el mozo padecía la pasase en el viejo, para que siquiera con su experiencia aprendiese á compadecerse de los tentados. Lo cual como sucediese así, empezó el pobre viejo á inquietarse, y andaba como loco entrando y saliendo de la celda, y corriendo á una parte y á otra con mucha inquietud y liviandad. Echó de ver esto el abad Apolo, que estaba á la mira, y esperando esta ocasion; y preguntándole la causa de este desasosiego, como no le respondiese nada, avergonzado de lo que sentia dentro de sí, le dijo finalmente Apolo estas gravísimas razones, que son al propósito de lo que vamos tratando: Vuélvete, dijo, á tu celda, y acaba ya de entender, que hasta ahora por tu tibieza, ó el demonio no ha tenido noticia de tí, ó te ha despreciado y tenido en poco, y se ha desdeñado de pelear contigo, y no te ha puesto en el número de aquellos cuyo fervor y ejercicios le instigan y provocan á hacerles guerra perpétua. Un hombre que despues de tantos años como has gastado en el hábito y profesion de monje, no pudiste un solo golpe que ha tirado contra tí, no digo yo resistirle y vencerle, pero ni aun sufrirle

por un solo día. Y ha permitido el Señor que seas herido de esta manera, para que siquiera en la vejez aprendas con tu propia experiencia á compadecerte de la flaqueza ajena. Y habiéndole afeado el daño que cuanto era de su parte había hecho en aquel religioso mancebo, añadió: al cual sin duda no hubiera acometido el enemigo con tanta fuerza, con cuanta se ha desdeñado de pelear hasta ahora contigo, sino fuera porque envidioso de su aprovechamiento se quiso anticipar y prevenir con sus saetas encendidas la virtud, que ya adivinaba de su espíritu, teniendo sin duda por más valiente y esforzado al que juzgó que era menester combatir con tanta continuación y vehemencia. Todo esto es de Casiano.

Y de esta doctrina se ve que cuanto uno más se esfuerza á hacer guerra al demonio, tanto el demonio se hace mayor á él; y que como Faraon persigue al pueblo de Dios cuando va huyendo, así también el espíritu malo con los malos trata como con amigos, dándoles gusto y placer para entretenerlos en sus culpas; con los buenos trata como con enemigos, dándoles inquietud y molestia con sus tentaciones para volverlos (cuando no sea sino de cansados) á su obediencia y servicio. Esto mismo enseñó nuestro santo Padre en las primeras reglas de discrecion por estas palabras ¹: *La primera regla en las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comunmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales por más las conservar y aumentar en sus vicios y pecados, etc. La segunda en las personas que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de nuestro Señor de bien en mejor, subiendo, es el contrario modo que en la primera regla,*

¹ 1.^a Regla y 2.^a de las de discrecion.

porque entonces propio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no pase adelante, etc. En estas reglas son mucho de advertir aquellas palabras, que es propio del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no pasen adelante los que van intensamente purgando sus pecados, y subiendo de bien en mejor en el servicio de Dios nuestro Señor. Porque estas palabras derechamente hablan con los que están en este estado de los proficientes, y los aperciben para tentaciones y peleas, segun lo que está escrito ¹: «Hijo, cuando te determinares á servir á Dios, consérvate en justicia y en temor, y apareja tu ánima para la tentacion.»

Y esta es la causa, y muy digna de ser advertida y considerada, porque en el discurso de la segunda semana, que corresponde á la via iluminativa, nuestro santo Padre tantas veces trata de guerras y de conquistas, de capitanes y de banderas. Porque luego en la primera meditacion (cuyo título es, *el llamamiento del rey temporal*, y como verémos despues, es como el principio y fundamento de los ejercicios de la segunda semana) introduce á Cristo nuestro Señor que, á semejanza de un rey temporal, llama á los suyos á la guerra, y dice: *Mi voluntad es de conquistar todo el mundo, y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre. Por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.* Y el fruto de esta meditacion es ofrecerse á esta guerra que se ha de hacer contra la propia sensualidad y contra el amor carnal y mundano, de los cuales se suele ayudar el demonio para dar mayor fuerza á sus tentaciones. Y

¹ Eccli. II, 1.

así en el tercer punto de este mismo ejercicio se viene á sacar este propósito diciendo: *El tercero, los que más se querrán afectar y señalar á todo servicio de su Rey eterno, y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo, más aún haciendo contra su propia sensualidad, y contra su amor carnal y mundano, harán oblacones de mayor estima y mayor momento.* Y despues de este primer ejercicio habiéndose ocupado otros tres dias en otras diferentes meditaciones, el cuarto dia se torna á renovar la memoria de esta guerra, y dice así ¹: *El cuarto dia meditacion de dos banderas, la una de Cristo sumo capitan y Señor nuestro, la otra de Lucifer mortal enemigo de nuestra humana natura.* Luego toda esta semana es de guerra, de la cual entonces sale uno con victoria, cuando se vence á sí mismo; lo cual se propone luego en el mismo título del libro que dice: *Ejercicios espirituales para vencer á sí mismo.* Y entonces ha conquistado uno el reino de Dios nuestro Señor, cuanto más se dejare á sí mismo, con lo cual remató nuestro santo Padre toda esta segunda semana, cuando dijo ²: *Porque piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer é interés.*

Y porque la materia de la meditacion en esta segunda semana ordinariamente es de la vida de Cristo nuestro Señor, quiso nuestro santo Padre que estuviésemos advertidos, que en todos los ejemplos de su santísima vida, y en todas las palabras de su predicacion nos está llamando y solicitando á esta guerra espiritual contra el demonio, mundo y carne, y contra nosotros mismos. Y así dijo en el título de la primera meditacion ³: *El lla-*

¹ 2.^a Semana, Dos banderas. — ² 2.^a Sem., in fine. — ³ 2.^a Semana, m. 1.^a

mamiento del rey temporal ayuda á contemplar la vida del Rey eternal. No dijo que el llamamiento del rey temporal ayuda, y persuade, y mueve para seguir el llamamiento del rey eterno; sino que *ayuda á contemplar la vida del Rey eternal*; dándonos á entender que toda la vida del Rey eternal es un continuo llamamiento de sus vasallos á la guerra y conquista del reino de Dios; y que este habia sido el intento de Cristo nuestro Señor en su venida al mundo. Lo cual él predicó diversas veces cuando dijo ¹: «No penseis que vine á poner paz en la tierra, porque no vine á poner paz, sino cuchillo y guerra; porque vine á apartar el hijo de su padre, la hija de su madre, la nuera de su suegra, y los mayores enemigos del hombre serán los más íntimos y domésticos de su casa.» Y para significar qué guerra era esta, añadió: «El que ama á su padre y á su madre más que á mí, no es merecedor de mí; y el que ama á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí, ni tampoco lo es el que no toma su cruz y me sigue.» Donde nos declara nuestro Salvador, el blanco que hemos de tener en la meditacion de su vida y de su doctrina y ejemplos, que no es otro sino seguirle por imitacion, peleando contra todos los estorbos y tentaciones, aunque sean nacidas de las cosas más cercanas y queridas, como son el padre y la madre, el hijo y la hija, y el amor que nos tenemos á nosotros mismos. Porque todo lo hemos de pisar por imitarle, tomando nuestra cruz para seguirle y hacernos semejantes á él; teniendo por cierto que los más domésticos son los mayores enemigos, porque cuanto más queridos y amados, tanto suelen hacernos en estas ocasiones mayor guerra

¹ Matth. X, 34-38.

y contradicción. Pues luego el que se resuelve á andar esta jornada en seguimiento de Cristo nuestro Señor, y oye el llamamiento de este Rey eternal, y la exhortación de este valeroso Capitan que nos anima á pelear para conquistar el reino de Dios, que está dentro de nosotros; dispóngase este tal á salir á esta guerra con aquel brio y resolución que se escribe de aquel caballo generoso en el libro de Job ¹: «Que en oyendo el sonido de la trompeta responde animosamente, como quien admite el desafío y que de lejos percibe el olor de la guerra, la exhortación de los capitanes, y la vocería y clamor de los ejércitos.»

CAPÍTULO II.

QUE LAS TENTACIONES DE LOS PROFICIENTES SE REDUCEN
Á DOS CABEZAS.

MAS porque la muchedumbre de los enemigos suele le desanimar á los soldados, y el que se distrae á muchas cosas está menos atento á cada una de ellas, era necesario en orden á la práctica, reducir estos enemigos á menos, y poner en arte esta milicia espiritual, recogiénola en breves palabras, y en ciertos y determinados preceptos. Lo cual veamos como lo hace nuestro santo Padre en este ejercicio de las banderas, donde lle-

¹ Job XXXIX, 25.

gando á tratar de la exhortación que hace Lucifer á sus soldados, dice así: *El tercero, considerar el sermón que les hace, y como les amonesta para echar redes y cadenas, que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suele, ut in pluribus, para que más fácilmente vengán á vano honor del mundo, y después á crecida soberbia; de manera, que el primer escalon sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y de estos tres escalones induce á todos los otros vicios.*

Acerca de estas palabras es mucho de considerar, que de los tres géneros de bienes, ó por mejor decir de males, que dijo el glorioso y bienaventurado san Juan ², que habia en el mundo, que son concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos (que es lo mismo que codicia de riquezas) y soberbia de la vida, nuestro Padre solamente puso los dos, que son codicia de riquezas, y soberbia; si bien es verdad, que entre estos dos puso un segundo escalon, que es el deseo de las honras. Y con razón se puede dudar por qué no hizo mención de la concupiscencia de la carne y tentaciones deshonestas, siendo un enemigo que tanto estrago hace en el mundo. A esta duda se responde, que nuestro santo Padre no hizo mención de este enemigo, ni de este género de tentaciones, lo primero porque es increíble el recato que siempre guardó en esta materia, que aún tratar de ella de propósito nunca quiso, juzgando que la obligación era muy conocida, y presuponiendo que los que tratan de su aprovechamiento han de estar tan lejos de este vicio, que ni han de acordarse de él, ni tomarle en la boca, como nos lo amonestó el glorioso apóstol san

² 2.^a Sem. med. de Dos banderas.— ² I Joan. II, 16.